

DANIEL QUIRÓS

A LOS CUATRO VIENTOS



© Daniel Quirós
by arrangement with Literarische Agentur Mertin Inh.
Nicole Witt e. K., Frankfurt am Main, Germany

© de esta edición, Estudio G Diseño Editorial / Encino Ediciones, 2021
encinoediciones@gmail.com

ISBN 978-9930-581-xx-x

Impreso en Costa Rica - Printed in Costa Rica

Primera edición, 2021

Derechos reservados conforme a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexas. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, conservada en un sistema reproductor o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro sin previa autorización de la editorial. Todos los derechos reservados.

Hecho el depósito de ley.

EL ROBAPERROS

Lo primero que hay que aprender en este negocio es tener paciencia. Como decía mi amigo: “con tiempo y salivita, el elefante se cogió a la hormiguita”. Hay que tener método, no es cualquier idiota el que roba perros. O por lo menos, no es cualquier idiota el que se gana la vida así. Míreme a mí, ya llevo quince años dándole y hasta ahora, gracias a Dios, no me ha pasado nada, ni policías ni malos ratos, solo una cicatriz en el tobillo de cuando me mordió un labrador que por dicha todavía estaba joven. Es más, no me avergüenza decirle que me ha ido bien, por lo menos suficientemente bien para mantener a una esposa y una hija que ya tiene 8 años. Hace un tiempo hasta me compré un Toyota Tercel modelo 93, color verde, un clásico. Así le podría ir a usted también, pero eso sí, tiene que poner atención a lo que le voy a decir. Considere esto, papito, su primera lección.

Primero que todo, lo que muchos no entienden es que lo del robo es mínimo, es la parte más insignificante y debería ser la más fácil. Pero vaya y pregúntele a los que están sentados ahí y le van a responder con alguna parla hedionda: que la adrenalina, que la vida rápida, que los carros y las güilas. Pero si uno es un ladrón de verdad, todo eso es pura mierda. Lo mejor es que nadie se dé cuenta de nada. Cuando a veces me echo las birritas en este bar, me encuentro

EL ROBAPERROS

a chamacos como esos, que están empezando en la profesión. Unas cervezas y dele con la contadera, parecen políticos, solo cuentos. Se echan unas habladas de las escapadas que se pegaron en este lugar o el otro, de lo que les dieron por aquel reloj, del Meche que se alzaron y con el que pegaron 160 en la pista. Yo me quedo callado, me tomo mis cervecitas y me voy a la casa tranquilo: en boca cerrada no entran moscas, como dicen. Porque, a fin de cuentas, se olvidan de que vivimos en un pueblito de mierda. Aquí la gente se muere por chismear. Falta el perro del ministro o asaltaron a la hija del diputado y dígame: ¿a quién van a buscar? ¡Qué va, no es cualquiera que lleva quince años en esto! ¿Nos pedimos otras cervecitas?

Entonces, como le decía, yo siempre me mantengo fiel al viejo lema de método y persistencia. Así me lo enseñaron a mí y así se lo paso yo a usted. Hay que empezar la búsqueda en los supermercados... Pero me estoy adelantando mucho, todo es por etapas, “paciencia y salivita”, como le decía. Antes que todo, hay que comprarse por lo menos tres buenos cambios de ropa: zapatos nuevos, una camisita de vestir bien aplanchadita, jeans o pantalones sin manchas o huecos. Eso es lo esencial. Claro, si hay posibilidad, un celular para la faja, un relojito, ese tipo de cosas hacen una gran diferencia. Ni siquiera tienen que ser de verdad, yo muchas veces me ponía un reloj que encontré en la basura, lo limpié y listo. Ahora tengo un celular de verdad, pero cuando empecé usaba uno de plástico, de esos que venden para güilillas en todas las esquinas,

fácil de robar. Sí, hay gastos, pero si uno quiere ver la plata, hay que invertir. Hay que tener visión, compa. Ese es el problema con las generaciones nuevas, quieren todo ya. Piensan que en un par de meses ya pueden comprarse una casa y un carro. Pero la cosa no es así, ¡qué va! Si no tiene plata para la ropita, tiene que conseguirla. En mi día yo tuve que asaltar a un par de doñitas en los barrios fresas para lograr lo que quería. No es algo de lo que me pueda sentir lo que se dice orgulloso, y tampoco quiero que me malinterprete, no estoy diciendo que haga lo mismo —aunque si usted decidiera hacerlo por supuesto que lo apoyaría moralmente. Simplemente, quiero contarle de una situación para que usted vea que hay que “invertir” en el futuro. El bienestar, “su” bienestar, depende de eso. Va a ver que tengo razón. Quince años llevo en esto, no es por nada que se lo digo.

Después de la ropita ya podemos empezar. Primero que todo, se necesita investigación; todo en este trabajo es ciencia, papito. El robo es lo último y, como le dije, debería ser lo más fácil. Dígame una cosa: ¿Cuál es el perro más fino? ¿Qué perro no va a ladrarle cuando se lo trate de llevar? ¿Cuál es la raza más común en este país? ¿Qué perro es más peligroso? ¿Cómo se cuida usted de una mordida? ¿Cómo hace para que un perro no se sienta amenazado? ¿Cuál es la manera más rápida de ganar la confianza de un perro? Todas estas cosas usted tiene que saberlas. ¿Me dijo que terminó la escuela primaria? Entonces sabe leer, ¿verdad?... Eso es, empezamos bien, yo sabía que usted tenía futuro.

EL ROBAPERROS

Le voy a prestar un libro, es más, se lo voy a regalar. Lo más importante de los negocios, pito: conocer el terreno de juego, conocer al enemigo. Primera tarea después de la ropita, léase *El arte de la guerra*, un libro que escribió un chino hace mucho tiempo... ¿Cree que es en broma? Quince años llevo en esto, papá, ni una vez me han agarrado, ni un problema con la ley, ¿usted cree que eso es así no más? Póngase vivo, primo, si no va a terminar como estos otros, en la cárcel, alcoholizado y oliendo cemento en los rincones de las avenidas. Yo era igual que usted, robando a doñitas en las calles, durmiendo bajo puentes, pidiendo plata en los semáforos, corriendo de la ley, vendiendo confites, jugándomela, igual que usted. Ahora míreme, parezco un diputado, con mi casita, mi carro, mi celular, mi hija en la escuela, mi ropa nueva, mis zapatos limpios. La vida que lleva usted no es vida, yo lo sé más que nadie.

Ese libro que le voy a prestar no es ningún chiste, es una necesidad. Hay que pensar como alguien educado, hay que creerse mejor, hay que saber que uno merece algo más, pito. ¿Usted cree que usted merece vivir en esta ciudad como las cucharachas, corriendo del sol, de rincón en rincón? Yo sé que no. Yo lo he visto, callado, tomándose una cerveza y jale, sin hablar mucho, lejos de las idioteces de estos otros, que se creen muy hombres, robando carros o metiéndose en las casas. Hacen buena plata ahora, ¿pero cuánto les va a durar eso? Unos meses, un año, si tienen suerte. Son demasiado cerrados para darse cuenta que no

tienen futuro, que se están suicidando día a día. Usted tiene que salirse de ese túnel en el que vive. Por eso quiero que vea este libro, se lo digo como alguien que ha estado en su mismo lugar. Este chino no es ningún tonto, sabía cómo estaba la vara. La vida es una guerra, usted lo sabe mejor que yo. Hay mucho que ha cambiado, pero por lo general es la misma vara, hay que sobrevivir las batallas de todos los días. Para hacer eso hay que tener cabeza, el futuro no se asegura con los güevos, como piensan estos otros bichos. ¡Qué va! Método y persistencia, esa es la clave.

Usted me cae bien, se lo digo sinceramente, como que me recuerda un poco a mis días de juventud cuando yo estaba perdido, tratando de sobrevivir, igual que usted. Por eso es que decidí ayudarlo. Alguien una vez me ayudó a mí a verle un futuro a la cosa, a salir adelante, y ahora tómelo usted como un agradecimiento indirecto o algo así. Es cosa suya si me quiere creer o no. Yo le voy a dar un futuro, papá, y lo único que le pido es que se quede calladito y escuche. Puede preguntar lo que quiera, pero tiene que confiar en mí y en mi método. Y le digo otra cosa, si he llegado donde estoy es porque no soy ningún tonto, así que no trate de aprovecharse porque usted da un paso y yo ya di tres. No estoy tratando de rajar, no me interesa impresionar a nadie, tengo mucha experiencia y eso es un hecho. Se lo digo por primera y última vez que no trate de aprovecharse de mis buenas intenciones. ¿Entendido?... Bueno... ¿Dónde estábamos?... Ah, sí... Sigamos con la lección porque usted sabe, camarón

EL ROBAPERROS

que se duerme se lo lleva la corriente. Pero pidámonos otras cervecitas primero, para agarrar fuerza, como dicen...

Lo primero que dice el chino es que el arte de la guerra se basa en el engaño. Usted me preguntaba: ¿por qué la ropa nueva? Bueno, vaya párese frente al Más X Menos con esa estampa sucia, esos zapatos con la suela abierta y esa camisa manchada para que vea cómo reacciona la gente. Le garantizo que en un par de minutos el guarda de la entrada se le va a acercar a preguntarle de todo, hasta cuándo hizo la primera comunión. Y después del interrogatorio le va a decir que se vaya antes de que llame a la policía. Pero si usted se viste con ropita nueva, se pega una buena ducha, se compra su jaboncito, se peina decentemente, se consigue un periódico y lo dobla bajo el brazo —aunque sea la edición del día anterior que sacó de un basurero— va a ver algo impresionante. Usted se vuelve invisible. ¡Cuál cuento de hadas ni que nada! ¡Ni los gringos con sus aviones invisibles! ¿Cómo le va a poner un precio usted a eso, papito? Cualquiera gastaría millones, y yo se lo ofrezco a usted por la módica suma de unos nuevos cachos, un par de camisitas y un teléfono celular de plástico. Y le advierto de una vez, cuando compre todas esas cosas cuidado comete el error estúpido que cometen muchos, eso de querer comprarse las últimas modas, colores llamativos, los zapatos recién importados de las Yunai. No es para impresionar, es para desaparecer, ¡nunca se olvide de eso! Tampoco ropa fea, no, cosas que le queden bien,

con las que se sienta cómodo, bien coordinadas, pero colores tibios, ni muy aquí ni muy allá, líneas verticales en las camisas, faldas metidas. Si no sabe, pregunte, para eso está la gente que trabaja en la tienda. Si se la juega bien, cuando salga de la tienda nadie nunca lo va a volver a ver. Usted llega así vestido al Más X Menos y no solo se puede quedar todo el día si quiere, sino que si alguien pregunta por usted, si lo tratan de describir, lo único que van a recibir como respuesta es una encogida de hombros.

Pero es importante que entienda que esto del engaño no solo tiene que ver con la apariencia. Usted tiene que hacer del engaño una filosofía, primo. Tiene que ser su manera de vivir, de ver el mundo, de presentarse en la calle. Por eso precisamente es que ser un robaperros es la profesión ideal. Cuando las personas quedan en una posición en la que deciden empezar a robar, todos piensan en asaltos, en bancos, en carros, en meterse a las casas de los ricos, en dinero rápido se podría decir. Véase usted, no lleva ni unos años robando y le apuesto que ya sabe cómo abrir un carro, cómo desconectar una alarma, cómo cortar la faja de una bolsa de mano, hasta tal vez sabe más o menos cuáles personas en la calle valen el riesgo del asalto y cuáles no. Pero, ¿cuándo usted se ha puesto a pensar en robar perros? Yo le conté lo que hacía y lo primero que hizo fue cagarse de risa porque no sabía si la vara era en serio o en broma. Ahí está el genio de lo que yo hago. El fin suyo como robaperros es convertirse en la piedra en medio del camino que nadie ve. ¿Quién

EL ROBAPERROS

lo va a meter a usted a la cárcel por mucho tiempo por robarse un perro? ¿Quién va a sospechar de usted cuando hay otros que están asaltando a mano armada? ¿Pero usted sabe cuánto cuesta un Doberman de raza? ¡Uno puede hacer platales! Yo me robo por lo menos cuatro buenos perros al mes y yo y mi familia vivimos tranquilos. Porque casi nadie sabe que hay un mercado negro de perros. Yo tengo contactos no solo en este país, pero también en Centroamérica, hasta he mandado perros a los Estados Unidos. Todo bajo las narices de las aduanas y de la policía. Porque cuando llego a la frontera con seis cachorros, es como si nadie me viera, revisan el carro buscando cocaína o armas, repasan las vacunas de los perros y me dejan ir. ¡Hasta terminan los policías jugando con los perros mientras espero los trámites!

Pero eso es adelantarse mucho, solo quiero hecerle saber de las posibilidades de fundar un verdadero negocio, de establecer algo. Esos que usted ve ahí, que se robaron dos carros y luego los agarraron, que tienen que andar con pistolas, preocupados por sus propios asociados, viven en un puro estrés. Si no se los lleva la ley, en unos años se les para el chayote, o terminan asesinados, los cuerpos tirados al Braulio Carrillo para que se los coma la lluvia y la humedad. No se puede vivir así. Hay que establecerse, ponerse serio, uno no puede seguir jugando a policías y ladrones el resto de la vida. Como dice el chino del que le hablaba: “de las cuatro estaciones, ninguna dura para siempre”. Ese es un hombre, pito, un guerrero, un

filósofo. Hay que ser más inteligente para sobrevivir, porque lo que él está diciendo no es sólo que las cosas no duran para siempre, sino que hay que adaptarse y cambiar con las cosas. Vivimos en un mundo nuevo. No, no, papito... Es que aquí donde me ve yo soy un mae educado, he aprendido de la vida, he pensado en las varas. Usted cree que esos ahí le van a hablar a usted de filosofía... ¡Nooombre! Yo soy un hombre de negocios, hasta tengo tarjetas personales. Vea, vea, no es vara: Antonio Machado Rodríguez, empresas Benji. ¿Cómo la ve? Yo estoy en todas... De cualquier manera que lo vea, se podría decir que en este país yo he sido un éxito... ¿Nos tomamos otra?

Le hablaba de los supermercados. ¿Qué putas tiene que ver un supermercado con robar perros? Mucho, papito, mucho. Ahí es donde empieza todo. Le apuesto que usted se ha parado afuera de los supermercados, ¿verdad? Se ha parado en una esquina a ver las doñitas pasar con sus bolsas y su comida, buscando un buen momento para acercarse y quitarles el bolso sin que se den cuenta, ¿verdad? Y en todas esas veces ni siquiera ha visto los inmensos carteles con anuncios que están cerca de donde uno agarra los carritos para empezar las compras. ¡Pues es hora de que se fije! Ahí está todo. En ese laberinto de nombres, letras y números de teléfono están las claves de su éxito, simplemente hay que aprender a entenderlas. Todo está listo para que usted llegue a agarrarlo. ¡Cuál colacho ni qué nada! Ahí está el regalito, envuelto, con lacito y todo. Porque ahora cuando usted roba se la está

EL ROBAPERROS

jugando. Usted tira los dados de la vida cuando abre ese carro, esperando desesperadamente que la suerte juegue a su favor y que en ese momento nadie lo vea, que el dueño no vuelva de repente. Pero en esta línea de trabajo, la información se la dan gratis, legalmente, y eso hace que todos los números estén a su favor. En esos anuncios la gente le dice dónde vive, cuántos perros tiene, casi todo. Yo he tenido momentos en los que doñas y dones me dicen hasta cuándo van a estar en la casa y cuándo no, cuánta gente vive ahí, qué medidas toman para sentirse seguros. No, no... Es que en bandeja se lo estoy dando, papá. En un par de meses usted ya no va a ver anuncios, va a ver perros levantados y plata en sus manos.

Ahora, tiene que escoger una parte de la ciudad, un barrio. Mi favorito es Escazú. Primero, porque hay muchos supermercados y, segundo, porque es donde vive la gente de plata. Hay muchas oportunidades, perros de todo tipo, de raza pura, en general no muy difíciles de robar. Usted escoge un recorrido. Por ejemplo, los lunes yo voy al Más X Menos, los martes a Saretto, los miércoles al Auto Mercado, los jueves a Periféricos y los viernes a uno nuevo que tiene un nombre en inglés; “Frech”, algo así. El orden no puede repetirse y tiene que darle por lo menos un mes de tiempo antes de volver. En las otras tres semanas va a otras zonas y hace lo mismo: Guadalupe, San Pedro, Curridabat, Moravia, Coronado, Heredia, Alajuela, usted escoge. Tenga por lo menos ocho zonas diferentes, cada una con sus respectivos supermercados —por lo

menos cinco— y nunca repita la manera en que visita cada una. También va a estar buscando información en los periódicos y quizás en el Internet. Ese es un campo al que quiero tratar de expandirme eventualmente; como le dije, hay que cambiar con los tiempos, la nueva tecnología y todo eso. Pero claro, para eso se necesita una computadora, una inversión más grande, además de aprender cómo usar todo eso... Pero si usted se muestra capaz, usted está joven, quizás en el futuro se podría hacer algo con eso.

Por ahora lo hacemos como me enseñaron a mí, con papel, lápiz y a pie. Se lleva un cuadernito y se pone a ver los anuncios, todo con un aire de descuido, bien vestido, sin atraer la atención. Apunta los tipos de perro que se venden, si son de raza pura o no, quién los vende, números de teléfono, todo. Después agarra un carrito, hace que se va de compras y sale por otro lado. Va a ver el alivio después de unas semanas de hacer esto. Porque vivir como usted vive causa tensión. Está muy joven ahora para darse cuenta, pero usted ya está en riesgo de tener presión alta... ¡Altísima! Yo no, yo paso los días tranquilo, trabajo a mi ritmo. Claro, hay trabajo, pero no va a comparar la libertad de esto con lo que hace esa terra de engañados que van a las oficinas. Por ejemplo, si por ahí ya hice buena platica en una o dos semanas y quiero tirarme unos días en el puerto, comerme unos marisquitos, ¿quién me va a detener? Más usted que no tiene esposa o hijos, sin responsabilidades. ¡Ni tratando se podría escoger un mejor brete! Además de que en verdad solo se trabajan

EL ROBAPERROS

unas horas al día, que usted mismo escoge. Y si quiere emoción, ahí la tiene también. Porque hay que admitir que es emocionante jalarle la cartera a una doña, salir chillando en un carro levantado. Pero vea el riesgo. No vale la pena, papito. Véalo como lo vea, no vale la pena. Esto es ser un ladrón de verdad, un profesional, pito. No como estos aquí, véalos con las tenis nuevas, las camisas que ni siquiera van con los pantalones, los celulares último modelo, no tienen clase, no tienen pasión por lo que hacen. Es más, le apuesto que en dos semanas estos que están aquí no vuelven. Es en serio, va a ver, en dos semanas pregúntele al dueño detrás de la barra dónde se fueron, qué les pasó. Hoy mismo se lo digo: uno muerto, el otro en la chorpa, los agarró la ley este y este día. Vea que se lo digo yo. ¿Cuántos de éstos cree que he visto pasar en quince años? Muchos, pito, digamos que muchos.

Entonces usted llama, hace los contactos. Yo casi siempre me hago pasar o por un abogado, un doctor o un ingeniero. Esa es otra cosa con la que se tiene que poner vivo. Tiene que averiguar sobre carreras en las universidades. Si alguien le pregunta, usted tiene que saber cuándo se graduó, dónde trabaja —si en un bufete o en un consultorio— cuánto tiempo duró la carrera, etcétera. Al principio, tal vez se le haga un poco difícil, pero poco a poco uno va desarrollando la parla. Después averigua dónde viven y se va a dar una vuelta, pasando de lejitos, eso sí. Todo es ver, apuntar, investigar, el robo es lo último, y como le he dicho mil veces, debe ser lo más fácil. Vuelvo al chino. El chino

dice —vea si no es un mae que sabe de lo que está hablando—: hay que ganar batallas sin pelear. ¿Cómo la ve? ¡No, no, papá, es que es filosofía lo que yo le estoy enseñando! De memoria me lo sé: “Conseguir cien victorias en cien batallas no es la medida de la habilidad: someter al enemigo sin luchar es la suprema excelencia”. ¡No sea tonto! Ya no los hacen como ese chino, ya no los hacen así. Es algo que hay que pensar, no es cualquiera el que entiende eso. Muchos se cagan de risa, dicen que son estúpidos. Pero aquí le digo, con quince años de peso y experiencia, que los estúpidos son ellos.

Bueno... Ya mucha hablada, como dice el chino, hay que saber el momento de todo. Yo ya estoy muy roco y las cervezas me pegan más, además, usted sabe, hombre de familia y todo eso. Pero tome... Para que pague la cuenta y se pida una cervecita más... El zarpe... No, no, en serio, tome. Tómese una más, mañana le traigo el libro y seguimos con la segunda lección, ¿qué le parece? Véngase por ahí de las siete... Adiós...

—¿Cuánto le debo?

—Sale en quince rojos la cuenta. ¿De qué le habló el viejo?

—De todo un poco, se ve que se la juega, ¿no?

—Bueno... Le pregunto más bien para que sepa.

—¿Que sepa qué?

—Bueno, que usted no es el único que ha convencido con una de sus habladas.

EL ROBAPERROS

—¿Cómo? ¿Es una trama para robarle a uno o algo así?

—No, no es nada así, él es bien inocentón, nunca se le ha visto hacerle mal a nadie.

—¿Entonces?

—Que está medio volado desde que se le murieron la hija y la esposa en un accidente. Dicen que chocaron de frente contra un furgón; del Toyota Tercel en el que iban no quedó ni el cuento. La próxima vez que lo vea ni se va a acordar de usted, así que no lo tome personalmente... Yo fui el primero en creerle la primera vez que vino, me dijo que era un famoso ladrón de joyas que llevaba varios años retirado... Suena estúpido, pero si hubiera escuchado sus historias... Bueno, se lo puede imaginar, ¿verdad? Nadie sabe lo que hace ni dónde vive, pero aunque sea lo entretiene a uno. A algunos les da cólera pero a mí no, como que le levanta el espíritu a uno, y yo a eso no le veo nada de malo.

—¿Y siempre invita?

—Sí, siempre invita.